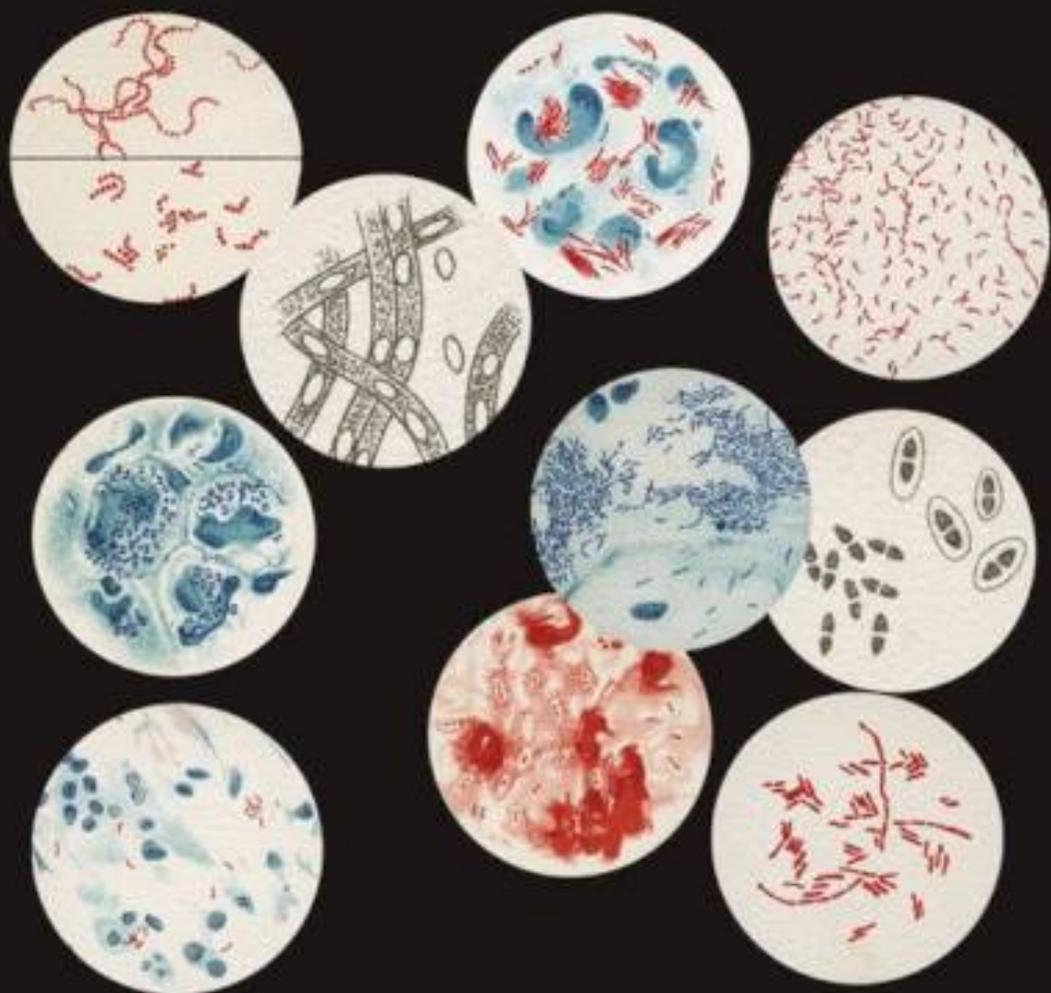


Yuri Herrera
DIEZ PLANETAS



Los personajes de *Diez planetas* habitan un futuro inimaginable que, no obstante, nos invita a dudar de las herramientas con que calibramos nuestro mundo más próximo: un terrícola exiliado en un improbable rincón de la galaxia hace un descubrimiento que le obliga a replantearse sus categorías de especie; una casa se rebela contra la manía de infelicidad de la familia que la habita; una exigua bacteria cobra conciencia en un colon humano por el azaroso efecto de una droga lisérgica; un cosmonauta desentraña un mapa nítido del mundo a través de las casi imperceptibles señales de una nariz... Sin perder un ápice de su habitual frescura ni de la rara precisión para nombrar lo ambiguo, el mexicano Yuri Herrera nos invita esta vez a mirar «del otro lado», allí donde nuestras gramáticas y unidades de medida se quedan pobres y nos enfrentamos a una liberadora conciencia de infinito. Porque *Diez planetas* es un libro de ciencia ficción, sorprendentemente unitario, pero también una pequeña colección de cuentos filosóficos «ilustrados» en la tradición que hermana a Ursula K. Le Guin y Philip K. Dick con Jonathan Swift y Voltaire. Y con Borges y Kafka. Un diálogo sutil con los maestros que devuelve al cuento latinoamericano a su lugar pionero entre la literatura más innovadora: donde «las leyendas crean verdad, no importa qué tan mentirosas sean». Un libro de madurez (a la vez que insolentemente juvenil) que reinventa y extrema las obsesiones de uno de los escritores más brillantes del idioma.

LA CIENCIA DE LA EXTINCIÓN

Cuando comprendió que pronto estaría perdido tomó una pequeña tarjeta amarilla, apuntó cuatro palabras y la colocó en el quicio de la ventana por la que todos los días se asomaba al despertar.

Mo recordaba más el nombre de la gente con la que había vivido. Una esposa, una hija, un hijo, alguien más. Acurrucamientos, regaños, traguitos, puertas, saludos. Luego pedazos de saludos, de puertas, de traguitos, de regañas, de acurrucamientos. Tajadas cada vez más magras. Al principio había intentado tonificar su concentración contando varias veces al día del cien al cero, pero últimamente la cuenta se le extraviaba alrededor del setenta y todos los números comenzaban a parecer caprichosas versiones del cero.

Ya no recordaba su fecha de nacimiento, ni la ciudad donde había nacido. Ni a sus padres. ¿Había tenido padres? Tampoco había ya nadie para hacérselo notar.

Sabía que le pasaban cosas en el cuerpo, que necesitaba remedios, pero solo los encontraba accidentalmente, al entrar a la cocina y reparar en una bolsa de arroz o al recostarse y descubrir las pastillas junto a su cama. Porque ya tampoco recordaba cómo decir ese frío en el estómago ni esa derrota de sus huesos.

Hubo momentos de una euforia inarticulada en los que se sorprendía sin miedo ante un ruido o un objeto que ya no sabía nombrar. Y decidió —y pudo recordar esa decisión, aunque no recordara las palabras exactas con que la

había tomado—, que ya no iba a lamentarse. Quizá no fue una decisión, sino una estrategia de supervivencia o una facultad nueva.

A veces veía algo, un objeto de superficie plana y cuatro patas, y lo llamaba vaso. Y veía que eso era bueno. A veces percibía algo que se rizaba con el viento y no se le ocurría llamarlo de un modo duradero, pero veía que también eso era bueno.

El mundo cada vez más despoblado que se asilvestraba al otro lado de la ventana estaba lleno de otras cosas a las que no recordaba haber puesto atención. Horizontes, polvos, ángulos. Y los silencios.

Los demasiados silencios.

Si no se extravió fue por los silencios. A veces tenía ganas de caminar y caminar sin rumbo, pero los silencios sucediéndose uno tras otro y tan distintos, la jungla impenetrable de silencios lo abrumaba y lo sembraba en la banqueta, y luego se devolvía para dentro.

Un día se le plantó enfrente una perturbación: una ondulación de velocidades, de colores y de sonidos giratorios. Se quedó absorto frente a ella durante mucho tiempo (quizá fue un segundo).

Entonces se decidió a hablarle. En un balbuceo de sílabas sueltas que en su cabeza eran una frase clarísima, dijo:

—Encontré un mensaje que alguien nos dejó en una tarjeta, dice: «Todos se están yendo».

Esperó una pequeña eternidad por la respuesta, luego el pequeño remolino giró un poco más y se desvaneció.

ENTERA

La coliforme vespertina existió complejamente durante el verano de 1999 en el área de Norfolk, Inglaterra; particularmente en el poblado de Sheringham; para ser más específicos, en el intestino delgado de un Roger Wolfeston, exfabricante de documentos falsos que había conocido bonanza. Este desatino natural resultó de la evolución subitísima de una bacteria del orden de los enterobacteriales —un *citrobacter*, ya que hemos empezado a andar el espejismo de la precisión—, al contacto con un ácido lisérgico que se alojó por semanas en una lesión en las microvellosidades del intestino grueso de Wolfeston, la improbable reacción química originada por la prolongada exposición de la flora saprofita al ácido —que el señor Wolfeston había obtenido en su último viaje a Londres y que no tuvo el fin previsto— provocó que dicha bacteria experimentara cambios insospechados en la adolescencia de su existencia, pero ninguno que la volviera letal o que disminuyera sus cualidades fermentadoras, solo es que la bacteria, prodigiosamente, cobró conciencia.

Del vivaqueo eterno, la coliforme vespertina saltó a la percepción de lo inabarcable: un resplandor sin palabras, el vértigo de los fluidos, el rastro de otros hervores, los ángulos y las superficies de las demás bacterias, todo le indicaba su lugar como centro del universo, ella era la encrucijada por la que cobraba sentido lo que nosotros aproximamos a llamar temperatura, luz, tiempo.

La distinción del universo la llevó a nombrarlo por gradaciones de conciencia: la mayor intensidad con que reparara en una cresta o en el vacío de ciertas horas, eso era el nombre de la cosa. Aprendió a esperar, luego añoró y finalmente imaginó, y con la comprensión de que lo que había no era solo lo que había, sino lo que podía haber, comenzó a erigirse un lugar en el mundo. La comprensión que siguió a ese momento es lo que se ha dado en llamar la plácida tarde de la coliforme: el lapso en que construyó planes desahorados de arrancarse de su ámbito de motilidad, atravesar zona. sgnotas del intestino y dejar en cada punto la huella de su flagelo.

Llegó la coliforme vespertina a sofisticar sus emociones tanto que, antes del Apocalipsis, alcanzó a conocer la angustia existencial. Se entregó a la sensación de perder algo que nunca había tenido, cuando descubrió que aquel jardín que la albergaba comenzaba a decaer inexorablemente. ¿Por qué? ¿Por qué se terminaba todo? ¿Para qué había comenzado todo? De nada le habría servido que alguien le informara que había un anfitrión primordial, y que este, el traficante de documentos Roger Wolfeston, agonizaba de abstinencia en un centro de rehabilitación al que había sido condenada por la justicia; de nada habría servido aun cuando aquello fuera comunicable, pues la escala de esos eventos era tan inconcebible (¡que existiera un organismo enorme y laberíntico como para albergar a millones como ella!) que la única manera de relacionarla con su realidad fue por medio de la ficción. Por un moment. ontuyó esa respuesta, la religión, pero para entonces también le había llegado el hastío y la soledad.

Era, la coliforme vespertina, una luz de conciencia entre billones de semejantes, la población más vasta sobre una tierra que no llegó a concebir, pero la sensación de vaciedad la abrumó al punto de que, cuando entreveía la solución divina, la descartó instantáneamente convencida de que, si podía formular algo así de inmenso, si podía haber

un instrumento para enunciarlo —palabras—, entonces aquella cosa no era posible; no, que lo grandioso y definitivo pudiera ser definido por lo breve y simple y elemental. Y mucho antes de que Roger Wolfeston se aliviara de aguja, volviera a recaer y muriera, la coliforme vespertina enfermó de tristeza y casi sin darse cuenta se extinguió para siempre.

EL OBITUARITA

Camino de la escena de la muerte el obituarita refunfunó sobre la pinche invisibilidad: pinche invisibilidad, como si no supiera que esta calle vacía, como cada otra calle vacía de cada ciudad, se desborda de gente.

Los únicos a los que se podía ver eran a quienes su trabajo exigía visibilidad pública: repartidores, plomeros, pintores, etcétera. Se prendían un gafete y al ponérselo eran lo que debían ser y solo lo que debían ser: repartidor, plomero, pintor, etcétera, cada uno cubierto por una silueta de neón. El resto de la gente deambulaba sin ser vista, protegida por un amortiguador que bloqueaba imagen, sonidos, olores, y ponía los cuerpos a distancia. De tal modo que al ir por una calle desierta uno iba topándose con bultos blandos que lo desplazaban suavemente de un lado a otro. Solo en las peores aglomeraciones se dejaban ver los contornos para evitarlos, pero no había necesidad de mirar caras o muecas, o de rozar güesos y grasa. Nunca. El amortiguador era el salvoconducto para transitar, y su dueño solo podía quitárselo puertas adentro.

Y eso qué, se volvió a decir, como cada día, el obituarita, igual podía sentirlos en ese momento. Su presencia de fastidio y rencor contenido. Podía dejar de ver a los otros pero no dejar de sentirles el tuétano. Hasta los niños aprendían tarde o temprano que no por taparse los ojos las cosas desaparecen. Puedo sentirlos *ahora*, se repitió al pasar entre el reproche sordo de la gente abriéndole paso.

Llegó al edificio, vio el elevador abierto e intentó entrar, pero rebotó suavemente contra quienes ya lo ocupaban. Subió caminando los tres pisos. Ya había dos gafetes en la escena de la muerte. Constatadores. Ellos constataban el muerto y él contaba la historia del vivo. Aunque el gobierno poseía cada comunicación electrónica que cada persona había hecho en vida, el obituarita no la utilizaba para contar la historia, sino lo que el vivo había dejado detrás. Tenían gran éxito sus obituarios. El público los consumía vorazmente, no solo para enterarse de lo que había hecho alguien sin haberlo tenido que soportar en vida, sino porque muchos tenían la ilusión de que, acumulando ciertas cosas, podían manipular a los obituaritas para que contaran mejores historias de ellos.

—¿Mucha gente en la calle? —dijo uno de los gafetes, pulsando en neón con cada palabra.

—Como siempre —dijo el obituarita—. Pero la persona más importante de la habitación no se está quejando.

Al obituarita no le gustaba que criticaran su trabajo. Se preciaba de ser una persona puntual. Aunque pareciera que su oficio era el que menos prisa podía requerir, él sabía lo importante que era llegar a una historia antes de que sus partes se diluyeran.

El constatador que había hablado pulsó suavemente en silencio.

El otro dijo:

—Sin novedad. Tenía un corazón funcional un segundo y un segundo después tenía un corazón no funcional.

Era una mujer, probablemente, el segundo constatador.

Observó al muerto. Se veía cansado, aun muerto. Una suerte de cansancio que ya no era común: las manos ajadas, la piel requemada, un rictus como de resignación severa. Mientras estudiaba el cuerpo los constatadores guardaron sus instrumentos y ya iban de salida cuando el obituarita dijo:

—No se vayan.

Le pareció haber sentido *algo*.

—¿Hay alguien más que necesite ver? —dijo.

Los constatadores pulsaron dubitativamente, como conteniendo el neón más que emitiéndolo. No entendían a qué se refería.

—¿Solo son ustedes dos? —dijo el obituarita—. ¿Nadie más vino con ustedes?

—Dos, como debe ser —respondió el primero que había hablado.

—Espérenme en la puerta.

Los constatadores obedecieron sin que una emoción clara se dedujera de sus siluetas.

Comenzó a revisar lo que había dejado atrás el muerto. Utensilios de cocina. Pocos. Genéricos. No denotaban interés por platillos complicados. Muebles. Un sillón, una mesa, una silla, una cama, un buró. Genéricos. Hechos para cumplir sus obligaciones elementales. Y ropa. Mucha ropa. Extraño. La gente ya no solía acumular ropa desde que los amortiguadores eran obligatorios; el obituarita inclusive se había encontrado gente que ya ni se molestaba en vestirse. Y este muerto tenía mucha ropa. Pero... genérica. Idéntica. El obituarita se quedó un rato mirándola, la miraba y luego miraba el cuerpo. La miraba y luego miraba el cuerpo. Siguió revisando. En el buró encontró documentas del trabajo del muerto, incluían imágenes de unas bolas de metal que estaban de moda. El obituarita las había encontrado en muchas casas, pero no en esta, la de uno que las vendía. Sintió curiosidad por ese hombre que no le había dejado casi nada para trabajar; aquello era un listado, no una vida. Lo que sea que había sido por dentro apenas si podía sospecharlo en sus propiedades.

Pero sus propiedades no se correspondían con lo que descifraba en el cuerpo. Pensó esto y fue a observarlo otra vez.

Luego se puso a caminar por el departamento pequeñito, de lado a lado, una y otra vez. Se detuvo. Si los consta-

tadores hubieran podido verlo debajo del neón, habrían notado que por un instante parecía como si tratara de suspenderse en el aire. Siguió caminando. Se detuvo. Continuó, se detuvo.

Ahora estaba seguro.

Se volvió hacia los constatadores y dijo:

—Pueden irse. Cierren la puerta al salir.

Los constatadores salieron. Aún alcanzó a ver por debajo de la puerta el resplandor de sus neones pulsando. Sin duda comentaban el comportamiento del obituarita.

Se tomó su tiempo revisando de nuevo las muebles, la ropa, el buró. Sin mucho empeño, casi desinteresadamente. Hasta que volvió a sentir con claridad de dónde venía esa tensión endurecida, colocó frente a ella la silla, se sentó, desconectó su gafete y miró el espacio vacío. Después de unos segundos dijo:

—Quién es este hombre.

Silencio.

El obituarita se puso de pie, palpó un segundo al frente y empujó con todas sus fuerzas el bulto blando. No podría salir de ese rincón.

Entonces aquel otro desconectó su amortiguador. Antes de distinguir sus detalles percibió el olor del hombre, no un olor a suciedad o a polvo, sino el olor del sudor nervioso. Luego lo vio. Era un hombre blando, un hombre que parecía haber usado amortiguadores aun antes de que los inventaran. Debía de ser más viejo que el obituarita, pero no mayor que el hombre tendido. Tenía mucho pelo en la cabeza, y lo tenía bien peinado.

—¿Quién es? —dijo el obituarita.

El hombre se reclinó contra el rincón, miró brevemente hacia el hombre tendido y dijo:

—No sé, alguien que encontré en la calle, y lo invité a venir.

—¿Qué quiere decir con que *lo encontró*?

El hombre manoteó sin fuerzas intentando encontrar la manera de explicarse. Luego dejó caer las manos.

—Lo sentí pasar a mi lado. No sé cómo decirlo... Lo sentí en su amortiguador.

El obituarita no dijo nada.

—Sentí que se moría —dijo el hombre.

El obituarita se volvió hacia el hombre tendido. El otro hizo lo mismo. Estuvieron así un rato.

—Y él que se joda ¿no? —dijo el obituarita al fin—. Hijo de puta.

Se puso de pie y llamó de vuelta a los constataores. Cuál era el asunto, le preguntaron. Robo de historia, respondió. Ya iban.

El hombre ahora estaba encogido en el rincón, como un abrigo tirado. El obituarita no dijo nada. No tenía nada que decirle. Pero lo miraba.

Llegaron los constataores, le prendieran al hombre un gafete que lo identificaba como propiedad del Estado y lo condujeron a la puerta. Antes de salir, el hombre se volvió hacia el obituarita.

—Dígame ¿qué iba a contar de mí?

El obituarita ni siquiera lo miró. Les hizo un gesto a los constataores en dirección al hombre tendido.

—Que venga alguien por él —dijo—. Y avísenme en cuanto sepan su dirección.

Los constataores pulsaron en asentimiento y se llevaron al ladrón.

El obituarita se volvió a sentar en la silla y permaneció ahí unos minutos. Se preguntó si él no era también el sustituto de un muerto. ¿Así lo veían al caminar encendido entre la gente invisible? ¿Como alguien que mira cuando ya no hay nada que ver? Quizá por eso consumían sus obituarios, para averiguar si es posible meterle mano a la mentira.

Chasqueó la lengua, receloso de sí mismo.

Encendió su gafete, cerró la puerta, bajó los tres pisos y salió a la calle vacía.

EL COSMONAUTA

He hallado tesoros inimaginables, he resuelto enigmas centenarios, he topado con espíritus oscurísimos, todo a través de la nariz. No de la mía, sino a través de las narices de los otros. Aún recuerdo mi primer éxito, el día que comprobé la científicidad de mi hermenéutica, cuando descubrí que una nariz es un mapa. Al principio, como cualquier obtuso, pensé que cada nariz era una versión aproximada del mismo lugar: una montaña más o menos escarpada, con grutas en una de sus laderas, por donde pega el aire. Hasta que entendí que había que interpretar la nariz, su curvatura, sus cicatrices, sus manchas, sus poros, sus vellosidades, la estrechez de sus cavernas nasales, y la relación de la nariz con el resto de la jeta. Las narices son un mapa, pero no uno que se parece al territorio que describe. Esto debería ser obvio en cualquier mapa, pero tendemos a pensar que la representación de un objeto tiene que ser similar al objeto. Absurdo. Cada nariz describe un lugar, pero hay que saber cómo es que está hablando de ese lugar (sí, las narices *hablan*) y, sobre todo, hay que averiguar sin ninguna pista evidente dónde demonios entre todos los lugares que existen está ese lugar.

Fue una de esas cosas improbables como cuando estás pensando en alguien y de repente ves a esa persona aparecer por la esquina. Una novia que tuve y que supo alejarse de mí por su propio bien tenía una naricita diminuta que se respingaba en dos en la punta; fina y contrahecha a la vez. Aqueste día yo la miraba y la miraba y ella se incomodaba y

se incomodaba porque aunque le había explicado qué observaba no la convencían mis conjeturas:

—Cada nariz —dije mientras señalaba con un dedo aspectos de la suya— es la cifra de un secreto porque en cada inhalación se meten al cuerpo fragmentitos del paisaje, porque el paisaje se está desmoronando sin cesar: las sillas, el concreto, las personas, todo se desmenuza como un diente de león al soplarle y tú lo aspiras y esos fragmentos no solo se van combinando dentro de ti en una cifra de algo único en el mundo, sino que al hacerlo moldean tu nariz, le dan sutilmente los atributos de aquella cosa, si uno sabe reconocerlos. Y ese es el problema.

Y este decir al mirar se convirtió en un golpe de entendimiento. De súbito entendí el modo de leer la nariz —su gramática— y el secreto que esta *nariz* especifica develaba.

Ana, que así se llamaba la muchacha en cuestión, me había contado desde el inicio de nuestro romance que sus padres nunca le habían querido dar los detalles de un hermano mellizo que tuvo y luego ya no tuvo porque murió cuando Ana era todavía muy chica. Los padres ni confirmaban ni negaban, solo dejaban crecer la sospecha. Pero al verla ese día, al ver ese mapa que era su nariz, moldeado con el polvo de su infancia, con la pátina de sus habitaciones y con el sudor evaporado de sus padres cada que ella les preguntaba, supe leerlo como si no hubiera habido otra manera de señalar el punto exacto del escondite. Me di media vuelta y ante la mirada de los padres, que se aburrían espíandonos, atravesé la sala sin volverme a mirarlos, fui a la habitación de Ana, moví la camita que Ana ocupaba desde niña, arranqué una tabla y ahí debajo, en una caja de zapatos, ahí estaba el pequeño esqueleto ataviado con chambritas azules, tal como me lo había señalado la nariz de Ana: la perfección aparente, como el hogar, la división en dos, la delicadeza siniestra de todo.

Ana me dejó poco después, quizás porque no soportaba estar con quien le había revelado algo que los habitaban-

tes de esa casa sabían pero preferían no comentar, o quizás por el inapropiado grito de triunfo que solté al descubrir la caja y abrirla, en contraste con el gemido de horror de ella; tal vez porque todo el asunto le hizo pensar qué clase de persona era ella si estaba en relación con una persona como yo.

Cada mapa nasal, como he dicho, está conformado por astillas de lo que oculta —por astillas de lo que revela—; no es una mera figuración desde las alturas, sino un rastro concreto. El problema es que eso que se busca no siempre se confiesa, a veces ni la persona que porta el mapa se lo ha confesado a sí misma. Lo busca y lo busca y no lo busca. Toda nariz es una cifra pero es casi imposible saber de qué. Uno puede tomar a quien sea, a *quien sea*, y estudiar su entorno, fisgonear su interior, escuchar sus miedos, intuir sus carencias, y a partir de entonces deducir qué claves ha ido inhalando con dirección pero sin conciencia. El perfume de un amante, la raspadura de sus zapatos, la peste de su deseo por otra persona; la bilis derramada tras un expolio, la densidad del encierro en un cofre, los cambios del paisaje en la ruta para esconder el cofre, la piedra húmeda bajo la que fue olvidado. Par más que la cosa se aleje o que uno se aleje del lugar, la nariz se engancha y conserva su rastro como si fuera una coordenada.

Una vez que perfeccioné mis métodos, los exploté. Al principio los potenciales clientes me descartaban porque mi saber les parecía una estafa o llanamente me juzgaban un perverso (y en esto último no les faltaba razón). Pero desde que alguno me concedió el beneficio de la duda y demostré mi eficacia, la fama llegó. Si no saben nada de mí es porque esta es una época maldita en que todo se olvida pronto, como si cada que se vuelve la cabeza se despertara de una amnesia.

Encontré documentos trasapelados, joyas demasiado bien escondidas, dos perros, una estola de piel de un animal extinto, setenta y ocho llaves, libros en préstamo, cal-